

IN MEMORIAM

DR. D. ANTONIO ARANDA LOMEÑA*

Félix María Arocena Solano

Académico Correspondiente de la Sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España

farocena@unav.es



Académico Correspondiente de la Sección de Teología, nombrado el 28-10-2005.

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Antonio Aranda Lomeña celebrada el 31-01-2023

Antonio Aranda nació en Córdoba el día 22 de diciembre de 1942. Teniendo un año de edad, se trasladó a vivir a Madrid con su familia, constituida por el padre, la madre y una hermana cuatro años mayor que él. Allí conoció el Opus Dei y pidió la admisión en la solemnidad de san José del año 1963, cuando estudiaba el tercer curso de Ciencias Exactas en la Universidad Complutense.

Al concluir la carrera en 1965, se trasladó a Roma donde finalizó el Ciclo Institucional de los estudios teológicos. En septiembre de 1967 regresó a Pamplona, donde fue alumno de la primera promoción de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, obteniendo el grado de doctor el año 1972. El título de su tesis doctoral es “El Espíritu Santo en los Símbolos de la fe (siglos II-IV)”, dirigida por el profesor D. Lucas Francisco Mateo Seco. Fue ordenado sacerdote en 1971 en la Basílica de San Miguel en Madrid.

Su primera labor pastoral la realizó en Pamplona atendiendo espiritualmente a los estudiantes de la Universidad de Navarra, a la vez que daba los primeros pasos en su *curriculum* académico como profesor de la Facultad de Teología, ciencia que vivía con intensa pasión y que acabaría por configurar decisivamente su personalidad y su piedad.

Su dedicación a la investigación y a la docencia le condujo a la teología más especulativa, al análisis de la identidad cristiana en el mundo y, particularmente en los últimos años de su vida, a dos cuestiones: el hombre como *imago Dei* y la profundización teológica en el carisma que Dios comunicó al Fundador del Opus Dei.

Sobre la primera cuestión, su obra más reciente se titula “*A imagen de Dios en Cristo: cuestiones de antropología teológica*” (2023). Sobre la segunda publicó “*El bullir de la sangre de Cristo*»: estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá» (2000); “*Es Cristo que pasa. Edición crítico-histórica preparada por Antonio Aranda*” (2013); “*Amigos de Dios. Edición crítico-histórica preparada por Antonio Aranda*”(2019); y “*El hecho teológico y pastoral del Opus Dei: una indagación en las fuentes fundacionales*” (2020).

Fue director de la revista *Scripta Theologica*, en la que publicaba habitualmente sus trabajos (1980-1993) y, ya en Roma, director de la revista *Annales Theologici* (1995-1998). En 1993 se trasladó a Roma donde fue nombrado decano de la joven Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (1994-1998). A su regreso a Pamplona, el profesor Aranda prosiguió su trabajo investigador, plasmado en varias obras. Era miembro de nuestra Academia.



Benedicto XVI le nombró experto en el Sínodo de la Nueva Evangelización (2012). Pertenece a la Sociedad Mariológica Española, de la cual fue elegido presidente (2013).

Antonio Aranda ha sido una persona de clara inteligencia, profundo en su pensamiento y fiel a la llamada divina. Cercano en el trato y solícito hacia los demás, era un sacerdote que amaba su ministerio, celebraba los Sacramentos y deseaba acercar a los hombres a Dios. Supo mantener su vocación siempre joven y cuidaba delicadamente su vida de relación con la santa Trinidad.

Bajo un aspecto de persona seria, poseía el don de la acogida y un humor fino que se manifestaba de forma inesperada, aliviando así eventuales tensiones. Esto correspondía al despliegue de su honda vida espiritual.



A partir del año 2012, comenzó a sufrir una enfermedad autoinmune, que le produjo unos trombos en las piernas y, posteriormente, la necrosis de la parte inferior de la extremidad derecha, debido a la falta de flujo sanguíneo. Tuvo que sufrir una amputación parcial; fueron momentos duros y dolorosos que don Antonio vivió con resignación y alegría, aceptando la

voluntad de Dios y ofreciendo sus dolores por la Iglesia. Su recuperación fue larga, pero, mediante una prótesis en esa pierna, pudo reincorporarse a sus labores pastorales y procuró ser autosuficiente evitando así constituirse en una carga para quienes convivían con él.

Con el paso de los años, a pesar de su precaria salud, se advertía su interés por los que le rodeaban y procuraba pasar oculto y prestar pequeños servicios a todos. No quería molestar a nadie, sino, al contrario, ser “sembrador de paz y de alegría”, como escuchó de labios de san Josemaría Escrivá. El día 18 de octubre don Antonio padeció un trastorno gastrointestinal agudo, que remitió a los pocos días de su ingreso en la Clínica. Al poco tiempo, ya en su casa, sufrió un derrame cerebral y falleció en la noche del 2 al 3 de noviembre.

Concelebraron las exequias los decanos de las Facultades de Teología y de Filosofía Eclesiástica, junto con muchos profesores y amigos de don Antonio. Sus restos fueron inhumados en el cementerio de Pamplona.

Requiescat in pace.